

EN ESTE NUMERO:

- NUEVO RITUAL DE LA PENITENCIA, por P. Fernández (p. 7).
- CARTA DE CUARESMA DE SOLZHENITSYN AL PATRIARCA PIMEN (página 16).
- CONVERSACION EN SALAMANCA CON EL P. LUIS BOUYER, por Fernando Guillén (p. 32).

editorial

25 MAR. 1974

EL NUEVO "ORDO POENITENTIAE"

SALIO por fin el esperado ritual del Sacramento de la Penitencia. Los estudios y los controversias, los ensayos y las reacciones ante ellos cuajaron ya en ese leve tomo, de rojo cubierto, que el otro día se entregó a los informadores. No es este el lugar para un estudio técnico, sino tan sólo para dar una impresión y reflexionar sobre su acogida y su futuro.

La impresión es óptima. No se ha trabajado en balde. Lo que ocurre es que nos vamos acostumbrando. Quien vio cómo cambiaban los textos de la ordenación episcopal, comparándolos con los antiguos, quien se haya acostumbrado a las fórmulas del nuevo ritual bautismal, quien goce habitualmente con el diario regalo de la Liturgia de las Horas..., tiene que volver muy atrás para apreciar el salto que hay desde el anterior ritual de la Penitencia al nuevo. Hace falta ir despacio, fijarse no sólo en las fórmulas, sino también en la «intención», en la hondura de contenido, agradecer las posibilidades de adaptación, ponderar la densidad de algunas páginas, admirar la riqueza escriturística... para darse cuenta del paso que se ha dado. Las posibilidades que el nuevo Ordo ofrece piden más que impresiones rápidas. Exigen sosiego, meditación, estudio... y puesta en práctica. La reforma litúrgica da un gran paso, ya casi el último, en la revisión de los textos anteriores al Concilio.

Pero entristece la acogida. En esta Iglesia, que se nos ha transformado en foro pelémico, puede decirse que todos han ido «a lo suyo», a ver confirmadas allí sus ideas. «Ya lo decía yo...» Poco importa la utilidad pastoral, la riqueza de contenido, el sentido religioso... Lo que importa es tener razones para esgrimir frente al contrario u ocasiones de lamentarse porque no se nos haya hecho caso. Reconozcamos que ha habido mucho más ánimo polémico que entusiasmo filial de hijo que recibe un regalo así de la Iglesia, su madre. Todo, alabanzas o críticas, estaba en función de un solo punto de vista, el nuestro. No contaban los textos ni las posibles adaptaciones. Lo que contaba era nuestra propia posición.

Y esto es lo que nos entristece. Pensar que pueda

ser posible que, como ya ha ocurrido con otras reformas, todo se quede en esto. Aplicación mecánica de los nuevos ritos, apresuradamente leídos en la sacristía o durante la celebración misma... y nada más que eso. Y esto es lo grave. Preguntamos: En los cientos de libros y artículos que se están publicando sobre el sacerdocio, ¿cuántas citas hay del nuevo rito de la Ordenación? ¿Quién ha leído un comentario hecho sobre la marcha (no en los libros consagrados de intento a ello) del nuevo ritual de la Confirmación o la Unción de los enfermos? ¿Quién ha asistido a un retiro en el que la función del sacerdote y su ministerio haya sido ilustrada con textos de la nueva Ordenación Episcopal? ¿Seguirá la nueva liturgia el camino del Concilio, citado vagamente para amparar las cosas más extrañas, pero sin referencias concretas y estudiadas?

No somos nadie para señalar culpables. Unos dirán que las ediciones eran antes mucho más accesibles, y que si había sacerdotes que en el aniversario de su Ordenación meditaban lo que ese día se les había dicho, era porque tenían a su alcance un librito donde podían hacerlo. Otros dirán que, perdido el gusto y hasta el uso expedito del latín, los nuevos textos nos llegan desvaídos y empobrecidos. Otros señalarán que esa era la labor de especialistas y vulgarizadores que han faltado a la cita... Es posible que todos tengamos algo de culpa. Pero la pregunta quedará en pie: Una vez que hemos visto el grado de razón que el nuevo ritual nos da respecto a lo que veníamos haciendo, ¿ha llegado la hora de cerrarlo para no volver a abrirlo hasta que «nos haga falta» para administrar el sacramento? Este es nuestro temor. Ver un libro tan hermoso y lleno de posibilidades, reducido a ser tan sólo un arsenal polémico y un instrumento útil para las celebraciones. Porque por la densidad de su contenido, por el esfuerzo puesto en su preparación, por lo que de dogmático y doctrinal tiene, por lo que puede ser de útil para formar la conciencia de todos..., nos sigue pareciendo que sería una tremenda injusticia dejarlo reducido a eso.